
LA REDEFINICION DE LA DIVISION DEL TRABAJO DOMESTICO EN LA NUEVA FAMILIA URBANA ESPAÑOLA¹

Gerardo Meil Landwerlin
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

En el presente estudio se analiza el importante cambio que ha tenido lugar en las pautas de realización de tareas domésticas típicamente femeninas en la última década en las nuevas familias urbanas de Madrid. Para ello se ha procedido a comparar los resultados de una encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en 1984 con los obtenidos de una encuesta realizada por el autor en 1995, evidenciándose un gran aumento de la participación masculina en la producción doméstica. Para analizar los factores que se encuentran detrás de este cambio se ha procedido a un análisis multivariable de la segunda encuesta, única para la que se disponía de la base de datos. Para medir adecuadamente la participación masculina se ha elaborado un indicador capaz de dar cuenta no sólo de la implicación masculina en tareas intensivas en tiempo y energía, sino igualmente de su participación en tareas relativamente menores, pero representativas de un cambio en las relaciones familiares. Los resultados obtenidos en el análisis evidencian que ninguna de las teorías disponibles explica por sí sola la participación doméstica. Dado que la participación masculina en la producción doméstica depende del *status* laboral de la mujer, de la remuneración en dinero o prestigio que a través de ello obtiene, del nivel de estudios del marido y del rechazo de una visión tradicional de los roles conyugales, entre otros factores, el importante cambio registrado en la última década está estrechamente relacionado con la incorporación masiva de

¹ Esta investigación ha sido posible gracias a la financiación recibida del Ministerio de Educación y Ciencia, Proyectos de investigación financiados por la DGYCIT, proyecto PB-93-0239. El autor agradece no sólo la financiación recibida por el MEC, sino también a los investigadores L. E. Alonso y L. Pérez Ortiz, miembros del equipo de investigación y sin cuya preciosa colaboración y discusión no habría sido posible esta investigación.

la mujer al mercado de trabajo y la creciente prolongación del período de escolarización, que, sobre la base de un cambio cultural, han aumentado la receptividad de los hombres a las demandas de una división del trabajo doméstico más igualitaria.

Es habitual subrayar la gran diferencia que existe entre los ritmos de transformación que conocen, por un lado, la participación de la mujer en el mercado de trabajo y, por otro, las pautas de división del trabajo doméstico. España se ha caracterizado por una participación laboral femenina de tipo tradicional hasta finales de la década de los sesenta, en virtud de la cual la incorporación al mercado de trabajo tenía lugar sólo hasta la celebración del matrimonio, para abandonar definitivamente el trabajo extradoméstico a partir del cambio de *status* familiar. A finales de la citada década, no obstante, comienza a apuntarse una pauta secuencial de compatibilización de maternidad y trabajo extradoméstico, con una segunda incorporación al mercado de trabajo una vez concluido el período educativo de los hijos. Esta pauta se quebró bruscamente durante la crisis del empleo de la década de los setenta, si bien con el crecimiento del Estado de bienestar y la descentralización política durante la transición democrática se produce una creciente feminización del empleo (y de un desempleo cada vez mayor) (Garrido, 1992; Montoro, Meil, Sastre y Pérez, 1995). La gran precariedad del empleo unido a las elevadas tasas de desempleo contribuyen, junto con un cambio en los valores, a la implantación de una pauta de compatibilización simultánea de maternidad y trabajo extradoméstico. Con la recuperación económica y del empleo durante la segunda mitad de la década de los ochenta se produce una nueva fuerte feminización del empleo, derivada tanto de nuevas incorporaciones como por el no abandono del mercado de trabajo por motivos familiares (Comisión EC, 1993). Así, a finales de 1993, una de cada dos mujeres casadas menores de 40 años es activa, cuando una década antes eran solamente una de cada tres y en 1976 una de cada cinco. Este gran cambio en las pautas de incorporación de la mujer al mercado de trabajo se ha producido, sobre todo, a partir de finales de la década de los setenta, con un apreciable retraso con respecto a otros países industrializados, pero con una gran fuerza.

Aunque a un ritmo menos acentuado, la división del trabajo doméstico también ha evolucionado hacia una mayor participación masculina, al menos dentro de las nuevas familias urbanas (más jóvenes, con mayores niveles educativos y portadoras de valores más igualitaristas)², tal como puede comprobarse en la tabla 1. En esta tabla se recogen los resultados de una encuesta de ámbito

² Si como el análisis de las encuestas sobre uso del tiempo realizadas por Ramos (1990) revelan, «en los aspectos fundamentales del quehacer doméstico cotidiano no parece que la diferencia rural/urbano sea decisiva a la hora de distinguir entre las amas de casa» (p. 109), este cambio debería ser extrapolable también a la familia rural española. Ahora bien, postular también una mayor participación del hombre en la producción doméstica en la España rural requeriría, no obstante, de un estudio empírico específico que pudiera fundamentar tan arriesgada hipótesis.

TABLA 1

Evolución de la división del trabajo doméstico en Madrid, 1984-1995

Tareas	Mujer		Conjuntamente		Hombre		Otras respuestas	
	1984	1995	1984	1995	1984	1995	1984	1995
Compra de todos los días	91	73	6	19	1	4	8	3
Compra de ropa y calzado	64	52	21	44	2	1	13	2
Compra de bienes duraderos	21	16	64	81	5	2	10	1
Preparar desayuno y meriendas	85	67	3	24	1	4	10	4
Preparar comida y cena	91	68	3	19	0	1	3	1
Poner y recoger la mesa	69	42	8	31	3	8	19	17
Fregar platos	87	67	3	23	1	3	8	5
Lavar y planchar la ropa	87	88	2	8	1	0	8	2
Limpieza de la casa	85	73	3	19	1	1	11	7
Recoger la ropa sucia	88	64	2	22	1	1	8	11
Hacer las camas	n.d.	66	n.d.	19	n.d.	2	n.d.	10
Recoger las habitaciones	n.d.	70	n.d.	17	n.d.	1	n.d.	11
Limpieza de zapatos	62	47	9	25	3	2	25	13
Tareas de costura	93	92	0	1	1	0	6	6
Resolver los asuntos con el banco ...	29	37	35	36	19	26	16	1
Cuidar del buen funcionamiento del coche	7	2	6	8	36	78	50	8
Atención a parientes enfermos	58	31	17	30	3	3	21	16

FUENTE: Los datos de 1984 corresponden a los resultados para la C.A. de Madrid de la encuesta 1431 del CIS. Los datos correspondientes a 1995 proceden de la «encuesta a nuevas familias en nuevos municipios», realizada por el equipo de investigación dirigido por Gerardo Meil y formado por los profesores Luis E. Alonso y Lourdes Pérez (UAM), con la colaboración de los estudiantes de 4.º y 5.º cursos de la especialidad de sociología económica de la Licenciatura en Economía de la UAM.

nacional realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas en 1984 y referidos a Madrid, así como los resultados de una encuesta realizada en 1995 en la corona metropolitana de Madrid por el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid, bajo la dirección del autor. En la década que media entre una encuesta y otra se ha producido un cambio que puede considerarse realmente como espectacular, pues aunque los colectivos encuestados no son idénticos, sí pueden considerarse plenamente comparables³.

³ La encuesta del CIS se realizó a mujeres mayores de 18 años, tomándose los datos referidos a la Comunidad Autónoma de Madrid, mientras que la encuesta de la UAM, como se verá más adelante, ha estado específicamente orientada a madres de al menos un hijo menor de 13 años residentes en la corona metropolitana de Madrid. Si comparamos los resultados de una encuesta y otra, pueden esperarse dos tipos de sesgos en la primera respecto de la segunda, uno de tipo familiar y otro de tipo geográfico. En relación al sesgo familiar es de esperar, por un lado, una

Así, aunque todas las tareas típicamente consideradas femeninas siguen realizándose mayoritariamente por mujeres, la participación masculina en la compra diaria se ha triplicado, al tiempo que ha surgido la compra del hipermercado como parte integrante del ocio familiar. La participación del hombre en las diversas tareas que se realizan en la cocina ha crecido incluso más, entre 4 y 8 veces, según los casos, no limitándose (sobre todo cuando la mujer trabaja) a las tareas más simples y menos costosas en términos de tiempo y energía. Por otro lado, la participación en las tareas de limpieza y ordenación de la casa ha conocido aumentos comparables, aunque el grado de implicación del hombre en el lavado y planchado de ropa sigue siendo puramente testimonial. En lo que se refiere a las tareas típicamente masculinas, también cabe identificar una mayor participación femenina en la resolución de los trámites con el banco, aunque no en la atención y cuidado del coche.

Aunque los datos disponibles no permitan afirmar si se ha producido o no un intercambio en los roles, está fuera de toda duda que en la última década se ha producido un importante avance en la implicación masculina en la resolución de las tareas domésticas, al menos a juzgar por las respuestas dadas por las mujeres encuestadas. Surge, entonces, la pregunta: ¿cuáles son los factores que se encuentran detrás de este cambio?

PRINCIPALES EXPLICACIONES DE LA PARTICIPACION DEL HOMBRE EN LA PRODUCCION DOMESTICA

En los estudios empíricos sobre la división del trabajo doméstico se han formulado distintas explicaciones sobre la división del trabajo doméstico entre los géneros. Coverman (1985), así como England y Farkas (1986), han agrupado estas explicaciones en tres grandes hipótesis o teorías explicativas de alcance intermedio, que pasamos a recoger a continuación de forma resumida.

a) *Teoría de los recursos*

Formulada inicialmente por Blood y Wolfe (1960), y ampliamente recogida y debatida posteriormente, esta explicación postula que la división del poder y, en base a ello, la división del trabajo dentro de las familias de las

sobrevaloración de la participación masculina derivada de la presencia en la encuesta de familias más jóvenes y sin hijos, habitualmente más participativas, pero ello puede verse compensado por la presencia también de familias formadas por mujeres más mayores, por lo general mucho más tradicionales. Lo mismo cabe afirmar, hasta cierto punto, en relación al lugar de residencia, concretamente a la inclusión de mujeres residentes en el municipio de Madrid, por un lado, y de mujeres residentes en la zona rural de la Comunidad. En cualquier caso, las diferencias entre 1984 y 1995 son de tal magnitud que el posible sesgo que pueda haber carece de relevancia a efectos del análisis que se realiza.

sociedades industrializadas depende de los recursos diferenciales de los cónyuges (renta, prestigio profesional y nivel educativo, fundamentalmente) que aportan al matrimonio. Cuanto mayores son los recursos que el marido puede valorizar fuera del matrimonio, tanto más tradicional es la división de la autoridad y, derivado de ello, de la producción doméstica (liderazgo masculino y segregación de roles). Por tanto, no son los valores y las normas culturales de los cónyuges los que explican la pauta de división del trabajo doméstico, sino la capacidad de los cónyuges para mercantilizar sus recursos humanos y las recompensas que por ello obtienen en el mercado. La mayor implicación del hombre en la producción doméstica derivaría de la erosión de la autoridad del marido como consecuencia del ejercicio de una profesión por parte de su mujer y de los ingresos y prestigio que con ella obtiene y que puede hacer valer en el seno de la relación conyugal.

La teoría de los recursos ha conocido un nuevo impulso a partir del desarrollo de la teoría de la elección racional, en estrecha relación con la nueva teoría económica de la familia (Becker, 1985). En este caso la división del trabajo doméstico se ve como una función de la evaluación de los cónyuges sobre los costes y beneficios de la alocaión diferencial de sus respectivos capitales dentro y fuera de la familia, de suerte que la participación masculina está negativamente correlacionada con sus ingresos, su nivel de estudios y su cualificación profesional en relación a los de su cónyuge. Aunque también se analiza la lógica de la diferente tolerancia de los cónyuges hacia la calidad en la resolución de las tareas domésticas, el peso de la explicación de la desigual división del trabajo doméstico descansa en la discriminación en razón del sexo existente en el mercado de trabajo.

Los estudios empíricos posteriores que han tratado de contrastar la adecuación de esta explicación han arrojado resultados contradictorios y han obligado a una mayor precisión del enfoque. Una de las críticas más frecuentes ha sido que la contrastación empírica se ha realizado sobre la base de comparación de niveles absolutos de recursos, con lo que lo que se compara no son las diferencias entre los cónyuges, sino los recursos diferenciales entre los distintos maridos incluidos en la muestra (Coverman, 1985). La utilización de medidas relativas se ha evidenciado en algunos estudios más explicativa que las medidas absolutas (Maret y Finlay, 1984; Ross, 1987; Coltrane e Ishii-Kuntz, 1992), mientras que en otros estudios son los valores absolutos los factores que más contribuyen a explicar la variabilidad de la división del trabajo doméstico (Bird, Bird y Scruggs, 1984; Hegner y Lakerman, 1989; Blair y Lichter, 1991). Algunos estudios han evidenciado, además, una relación positiva entre nivel de estudios del hombre y la mayor asunción por parte de éste de tareas domésticas típicamente femeninas (Farkas, 1976; Ross, 1987; Kamo, 1988). Uno de los problemas a la hora de explicar la incidencia del nivel de recursos es la dificultad de interpretación del nivel de estudios, pues al tiempo que representa un recurso humano guarda también relación con la ideología de rol. Por otro lado, el aumento del poder de la mujer en el seno de la relación conyugal en virtud

del ejercicio de una profesión, si bien sí ha logrado democratizar las relaciones conyugales (aunque esta «democratización» del hogar no está relacionada necesariamente con el trabajo extradoméstico), no ha sucedido lo mismo con la implicación del hombre en la producción doméstica, cuya contribución sigue siendo más de «ayuda» que de verdadera participación. Otra de las críticas que se han hecho a esta teoría (Heer, 1963; Safilios-Rotschild, 1975) es que esta teoría no considera como recursos de la mujer activos que son importantes para la dinámica interna de la familia, pero no para su valoración en el mercado, y que la mujer puede hacer valer en el seno de la relación conyugal y familiar (atractivo físico, amor, hijos). Son los recursos simbólicos, frente a los recursos económicos de los cónyuges (Kellerhals *et al.*, 1982), pero la dificultad de operacionalización y medición de estos recursos ha llevado a que no se haya acometido su contrastación empírica.

b) *La influencia de la ideología de rol*

Otros autores, por el contrario, invocan como principal factor explicativo de la desigual participación de los géneros en la producción doméstica la concepción de los cónyuges sobre los roles domésticos de hombre y mujer. Los valores y las normas que definen los derechos y los deberes de hombres y mujeres en relación a la organización de la vida familiar, particularmente con la presencia de hijos, moldean las demandas de la mujer y la predisposición del hombre a participar de determinada forma en la producción doméstica.

La definición inicial de los roles tiene su origen en los modelos recibidos durante la socialización infantil, aunque raramente se ha evidenciado una influencia significativa de los modelos de rol conocidos durante la infancia (Koopman-Boyden y Abbott, 1985). De hecho, los modelos de rol transmitidos en la infancia pueden ser puestos en cuestión en función del contexto cultural en el que se desenvuelven los cónyuges, particularmente en momentos de fuerte cambio social. Típicamente, el desarrollo de una ideología de rol familiar más indiferenciada se ha vinculado con el nivel educativo, de suerte que, a diferencia de lo postulado por la teoría de los recursos, a mayor nivel educativo del hombre, menor legitimidad existe para mantener definiciones segregadas de los roles, al tiempo que crece la receptividad hacia los argumentos que cuestionan el orden tradicional de organización doméstica y, con ello, la probabilidad de una implicación más activa.

Relacionado con este conjunto de argumentos, aunque con una interpretación muy diferente, puede indicarse la tesis de E. Bott (1971) sobre la relación entre la segregación de los roles y la conectividad de la red de relaciones sociales de la familia. Según esta tesis, si el marido y la mujer aportan al matrimonio redes muy unidas para cada uno de los cónyuges y éstas pueden mantenerse después, se establecen las condiciones para una segregación de los roles familiares y de las relaciones tanto extrafamiliares como intrafamiliares. Si, por

el contrario, éstos aportan redes poco unidas o se produce una movilidad geográfica, las relaciones internas adquieren mayor densidad y significado subjetivo, estableciendo las bases para una segregación menos rígida y una mayor participación masculina en la resolución de tareas. La contrastación empírica de esta tesis derivada de estudios de caso no es concluyente, pues, como señala Bott mismo en su revisión de la literatura surgida entre la primera (1957) y segunda edición (1971), «no hay acuerdo sobre si existe relación, y de qué tipo, entre la densidad de la red y la separación de los roles conyugales» (1971: 293).

La contrastación empírica de la influencia de la ideología de rol, a través de la construcción de indicadores simples (un ítem sólo) o complejos (escalas de definición de rol), no es concluyente. Así, mientras en ciertos estudios la influencia de la definición de rol se evidencia como uno de los principales factores explicativos (Bird, Bird y Scruggs, 1984; Koopman-Boyden y Abbott, 1985; Barnett y Baruch, 1987; Kamo, 1988; Blair y Lichter, 1991), en otros estudios, después de controlar por la influencia de otros factores, esta relación desaparece o apenas tiene influencia (Maret y Finlay, 1984; Coverman, 1985; Höpflinger y Charles, 1990). Parece que la influencia de la ideología de rol se hace sentir sólo bajo determinadas circunstancias socioeconómicas, tales como pertenecer a la clase media o bien que la mujer disponga de un trabajo extradoméstico. Cuando los datos se han obtenido de ambos cónyuges, hay estudios que evidencian que lo relevante es la ideología de rol del hombre, pero no de la mujer (Ross, 1987). Pero es igualmente cierto que las escalas de rol no miden adecuadamente la predisposición a implicar activamente al hombre en la producción doméstica. De hecho, en los países desarrollados es típica la existencia de una enorme distancia entre actitudes generalizadas hacia la igualdad de derechos y obligaciones de hombres y mujeres, así como de la injusticia de la discriminación por razón de sexo, y los comportamientos reales.

c) *La disponibilidad de tiempo*

Esta diferencia entre actitudes y comportamientos se ha puesto en relación con las exigencias temporales y la falta de flexibilidad de la relación laboral en el mercado. Según este modelo de explicación, la implicación masculina depende del tiempo disponible para participar en la resolución de las tareas domésticas. En su versión más desarrollada (Coverman, 1985), la participación masculina no se hace depender sólo del tiempo disponible por el hombre, sino igualmente de otras variables que den cuenta de la cantidad de trabajo a realizar (número y edad de los hijos, básicamente) y de las disponibilidades de tiempo de la mujer para realizarlas (número de horas trabajadas). Por otro lado, los ingresos se consideran expresión no tanto de recursos diferenciales entre los cónyuges como indicador de su capacidad para responder a las demandas domésticas.

Más allá de la habitualmente bien documentada mayor participación mas-

culina en los hogares de doble ingreso laboral, numerosos estudios han puesto de relieve una relación entre participación masculina y número de horas trabajadas fuera del hogar (Coverman, 1985; Kamo, 1988, entre otros), pero, como señalan Blair y Lichter (1991: 94), existen pocas razones *a priori* para creer que la disponibilidad de tiempo puede explicar la segregación de tareas, pues, de lo contrario, los mayores grados de implicación masculina habría que encontrarlos entre los desempleados.

d) *Ciclo familiar y división del trabajo doméstico*

Otros enfoques, por el contrario, aíslan los efectos del ciclo familiar sobre las relaciones conyugales, evidenciando una relación en sentido inverso al postulado por el anterior enfoque. Según este enfoque, si bien los propósitos iniciales al constituirse un nuevo núcleo conyugal están marcados por un fuerte ideal igualitarista, a medida que avanza el ciclo familiar, particularmente con el nacimiento de los hijos, se produce una tendencia hacia la segregación de los roles en un sentido tradicionalista, independiente de otras variables socioeconómicas. Esta tradicionalización de los roles familiares se traduce en un mayor abandono del mercado de trabajo con el nacimiento de los hijos, en una reducción de la jornada laboral de la mujer y/o en un descompromiso del hombre en la producción doméstica.

Existen numerosos estudios que evidencian una relación negativa entre ciclo familiar y participación masculina en la producción doméstica, tanto en estudios de carácter transversal (Haas, 1981; Rexroat y Shehan, 1987; Höpflinger y Charles, 1990; Blair y Lichter, 1991) como en estudios longitudinales (Kellerhals *et al.*, 1982; Koopman-Boyden y Abbott, 1985).

METODOLOGIA

Para analizar qué factores influyen en el cambio de las pautas de división del trabajo doméstico que hemos detectado entre las jóvenes familias urbanas de Madrid se ha procedido a contrastar las distintas hipótesis arriba formuladas, si bien este análisis ha debido limitarse a la encuesta realizada en 1995, pues no se dispone de la base de datos de la encuesta realizada en 1984.

a) *Muestra*

Los datos a analizar corresponden a una encuesta realizada en junio de 1995 en las ciudades de la corona metropolitana de Madrid, a familias formadas al menos por un hombre y una mujer (independientemente de su vínculo matrimonial) con al menos un hijo menor de 13 años, siendo la persona entre-

vistada, mediante cuestionario cerrado, la madre. La identificación de las unidades muestrales se realizó, en primer término, estructurando el número de encuestas a realizar según el número de familias con dichas características en cada uno de los municipios (determinadas a partir del Censo de Población de 1991) y, en segundo lugar, mediante ruta aleatoria dentro de cada uno de los municipios. Las familias incluidas en la muestra (n=622) se caracterizan por encontrarse mayormente en las primeras fases del ciclo familiar (en el 68 por 100 de los casos el hijo mayor tiene menos de 13 años), son relativamente reducidas (número medio de hijos 1,96, teniendo sólo un 19 por 100 tres o más hijos), de dos órdenes generacionales (92 por 100) y jóvenes (edad media de la mujer 34,7 años, siendo la mediana 35 y la moda 33 y 36 años). Un 38 por 100 de las mujeres trabaja fuera del hogar, de las que un 77 por 100 lo hace por cuenta ajena y un 32 por 100 lo hace de forma temporal u ocasional.

b) *Operacionalización*

Para medir el grado de participación masculina en la producción doméstica se han utilizado en la investigación empírica distintos índices, siendo el más habitual en los estudios en los que se pide una evaluación del encuestado en términos de si la tarea es realizada por la mujer siempre, a medias con el marido o éste siempre, la utilización de un indicador aditivo simple. En este estudio proponemos un nuevo indicador de tipo «cualitativo» a partir de la distinción entre tareas duras, semiduras y blandas, en función de la penosidad de las distintas tareas, tal como se indica en la tabla 2, considerando únicamente las tareas domésticas y no las relacionadas con la crianza de los hijos. En la construcción de este indicador de participación masculina en la resolución de tareas domésticas típicamente consideradas femeninas se considera la frecuencia en la que las distintas tareas se realizan conjuntamente o mayormente por el hombre, en una escala que va de 1 (escasa o nula participación) a 9 puntos (cuasi-igualitaristas)⁴. La ventaja de este indicador frente a los indicadores aditivos simples es que permite recoger un mayor abanico de tareas que, por su carácter heterogéneo en términos de esfuerzo y tiempo requerido para realizarlas, no son susceptibles de ser integradas aditivamente en un índice. Esta inclusión de un mayor número de tareas permite recoger cambios relativamente menores pero no despreciables de participación masculina en la producción doméstica, contribuyendo de esta manera a recoger más adecuadamente el cambio social que está teniendo lugar en este ámbito de la realidad social.

⁴ Aunque en las preguntas sobre quién realiza las distintas tareas se recogió la distinción entre si la tarea la realiza la mujer siempre o si la realiza casi siempre, para evitar que ayudas más o menos puntuales fueran consideradas como realización a medias, sobrecargando así la participación masculina, dicha distinción no se ha recogido en la construcción del indicador que presentamos. Por ello, puede considerarse que el indicador no es «generoso» en la medición de la participación masculina en la producción doméstica.

TABLA 2

Criterios de elaboración del índice de participación masculina en tareas domésticas típicamente femeninas

<i>Tareas duras: preparar comidas, lavar, planchar y limpiar la casa</i>	<i>Tareas semiduras: compra diaria, fregar cacharros y hacer camas</i>	<i>Tareas blandas: preparar el desayuno, poner y recoger la mesa, recoger la ropa sucia, recoger la habitación y limpiar zapatos</i>	<i>%</i>
No realiza conjuntamente o mayormente ninguna de estas tareas.	No realiza conjuntamente o mayormente ninguna de estas tareas	1. Realiza conjuntamente o mayormente 2 o menos de estas tareas.	46
		2. Realiza conjuntamente o mayormente 3 o más de estas tareas.	2
		3. Realiza conjuntamente o mayormente 2 o menos de estas tareas.	13
		4. Realiza conjuntamente o mayormente 3 o más de estas tareas.	5
Realiza conjuntamente o mayormente 1 ó 2 de estas tareas.	No realiza conjuntamente o mayormente ninguna de estas tareas.	5. Realiza conjuntamente o mayormente 2 o menos de estas tareas.	5
		6. Realiza conjuntamente o mayormente 3 o más de estas tareas.	1
		7. Realiza conjuntamente o mayormente 2 o menos de estas tareas.	8
Realiza conjuntamente o mayormente 3 o más de estas tareas.	Realiza conjuntamente o mayormente 1 o más de estas tareas.	8. Realiza conjuntamente o mayormente 3 o más de estas tareas.	16
		9. Realiza conjuntamente o mayormente 3 o más de estas tareas.	4

FUENTE: Elaboración propia.

Para contrastar la aplicación de las distintas teorías se ha procedido a la siguiente operacionalización:

Teoría de los recursos

A las encuestadas se les pidió que indicaran su nivel educativo, así como el de su cónyuge, en una escala de 1 (no tiene estudios terminados) a 5 puntos (estudios universitarios concluidos). Para medir los ingresos se pidió a las encuestadas indicaran en una tarjeta en la que se incluían 9 tramos de ingresos netos mensuales en qué categoría se encontraban sus ingresos y los de su cónyuge, pero dadas las dudas existentes sobre la veracidad de la respuesta se pidió a las encuestadas en otro lugar del cuestionario indicaran también si sus ingresos eran menores (1) o mayores (4) que los del marido en una escala de 4 puntos. También se preguntó la profesión de ambos cónyuges según una escala de 5 puntos (1, empresarios, directivos, profesionales independientes; 2, cuadros, técnicos y funcionarios de gestión; 3, administrativos y trabajadores cualificados; 4, trabajadores no cualificados; 5, inactivos). Para medir los recursos relativos de la mujer frente al hombre se procedió a restar los valores de cada una de las variables consignados para la mujer de los correspondientes al marido, y no como cociente, por las distorsiones introducidas producidas por este segundo tipo de operacionalización (Ross, 1987).

Ideología de rol

Para medir la ideología de rol se pidió a las encuestadas expresaran su grado de acuerdo (1) o desacuerdo (5) en una escala de 5 puntos con una serie de seis proposiciones destinadas a medir la ideología de rol. Estas proposiciones eran: *a)* «la mujer debería abandonar su trabajo si ello interfiere en el cumplimiento de sus obligaciones como madre y esposa»; *b)* «cuando hay niños pequeños, el tipo de trabajo ideal para una mujer es el trabajo de media jornada»; *c)* «la mujer casada y con hijos debería poder planificar su futuro profesional de la misma forma en que lo hace su marido»; *d)* «el marido no debería molestarse si, por ejemplo, el trabajo de su mujer exige que pase algunos días fuera de casa»; *e)* «el hombre, cuando es el único que mantiene económicamente a la familia, no debería asumir demasiadas tareas domésticas»; *f)* «si ambos padres trabajan, el padre debería estar dispuesto a reducir sus compromisos laborales para poder cuidar de los niños y realizar tareas domésticas». De estas proposiciones, únicamente las dimensiones *a)* y *e)* se ha evidenciado como realmente discriminantes, pues en los demás casos se señala abrumadoramente la idealidad del trabajo a tiempo parcial, al tiempo que se reivindica la igualdad de derechos con el hombre en relación a las exigencias del trabajo profesional. Esta marcada ideología igualitarista está, por otro lado, amplia-

mente documentada, particularmente en el ámbito urbano (Martínez Quintana, 1991; Iglesias de Ussel, Flaquer y Meil, 1994). En consecuencia, la fiabilidad de un indicador aditivo que recogiese las respuestas a estos seis ítems es muy baja (Cronbach alpha 0,31). Como quiera que la variable dependiente es la participación masculina, sólo se han considerado las respuestas a la proposición e). Para medir la predisposición del cónyuge se procedió por vía indirecta pidiendo a las encuestadas indicaran el tiempo que consideraban que éste podría mantener la organización familiar solo o con una pequeña ayuda en ausencia de la mujer, valorando dicho tiempo en una escala de 1 (nada) a 4 (el tiempo necesario). Aunque mediatizado por la valoración subjetiva de la encuestada, consideramos que este indicador puede medir de forma indirecta la «voluntad» del marido de participar en la producción doméstica. De igual forma, y bajo el supuesto de que un cuestionamiento de la ideología de rol tradicional implica una mayor frecuencia de discusión sobre quién hace qué tareas domésticas, se ha incluido una variable de conflictividad conyugal derivada de la resolución de las tareas domésticas, medida a través de una escala de 3 puntos (1, con cierta frecuencia; 2, de vez en cuando; 3, nunca o casi nunca). Por último, como reflejo de la ideología de rol puede utilizarse el tipo de vínculo conyugal que une a los padres (Blair y Lichter, 1991), debiéndose distinguir en los países de fuerte tradición católica, como España, no tanto entre matrimonio y cohabitación como entre matrimonio religioso, por un lado, y matrimonio civil o cohabitación, por otro.

Para contrastar la influencia de la red social en la segregación de los roles domésticos y ante la importancia de las relaciones con el parentesco en este sentido, se pidió a las encuestadas indicaran si recibían ayuda —según una escala de 1 (con frecuencia) a nunca (4)— para la resolución de tareas domésticas por parte de sus padres, suegros u otros familiares. Para cualificar esta respuesta se pidió igualmente indicaran tanto a la distancia a la que vivían cada uno de los familiares (menos de 1/4 de hora, de 1/4 a 1/2 hora, de 1/2 a 1 hora, más de 1 hora de distancia, no procede —considerado como *missing value*—) como la frecuencia de contactos (1, todos o varios días a la semana; 2, todos o la mayoría de los fines de semana; 3, de vez en cuando; 4, varias veces al año; 5, otros casos).

Hipótesis sobre la demanda/capacidad de respuesta

Como indicadores de esta hipótesis se han considerado el número de hijos, la duración de la jornada laboral extradoméstica de la mujer (1, hasta 10 horas a la semana; 2, de 11 a 30 horas; 3, de 31 a 40; 4, más de 40 horas; 5, irregular —considerada como *missing value*—) y hora de regreso del cónyuge al hogar (1, antes de las 6 h. de la tarde; 2, entre 6 y 7 h.; 3, entre 7 y 8 h.; 4, después de las 8 h.; 5, no tiene horario fijo —considerada *missing value*—). El ciclo familiar se mide a partir de la edad del hijo mayor (1, menor de 3 años; 2, de 3 a 5 años; 3, de 6 a 13 años; 4, de 13 a 18; 5, mayor de 18 años).

La vinculación al mercado de trabajo se midió como una variable *dummy* (0, no trabaja; 1, sí trabaja) y es una variable que no tiene encuadramiento específico en ninguna de las teorías explicativas, pues está presente en todos los modelos explicativos, ya como fuente de poder y recursos, ya como expresión de ideología de rol, ya como condicionante de la necesidad de ayuda derivada de la sobrecarga familiar.

RESULTADOS Y DISCUSION

Una primera aproximación a la identificación de los factores que más contribuyen a la participación del hombre en la resolución de las tareas típicamente femeninas puede lograrse a partir del análisis bivariable entre cada uno de los factores y el indicador de participación masculina, cuyos resultados se encuentran recogidos en la tabla 3.

Las mayores diferencias entre las medias de las distintas categorías se encuentran en buena parte de las variables que miden los recursos socioeconómicos de cada uno de los cónyuges, tanto en la muestra total como, sobre todo, entre las familias con dos perceptores de rentas laborales. Así, las mayores diferencias están relacionadas con el *status* profesional de la mujer, tanto desde la perspectiva de su *status* laboral como en función de su nivel profesional, con la sorprendente excepción de las mujeres con niveles profesionales más elevados (que no recoge más que en una proporción mínima de trabajadoras por cuenta propia). El grado de participación masculina varía también de forma apreciable según el nivel de ingresos de la mujer, pero las diferencias no presentan una pauta lineal. Con alguna excepción menor, el nivel educativo de la mujer presenta, por el contrario, una relación lineal muy consistente en sentido positivo con la participación masculina, sobre todo si trabajan fuera del espacio doméstico, pero también para las amas de casa. Los resultados obtenidos en este análisis previo apuntan así, en principio, a favor de la teoría de los recursos, pues las mayores diferencias en el grado de participación masculina en las tareas domésticas típicamente femeninas cabe encontrarlas, y en el sentido esperado, en las distintas variables que miden los recursos que las mujeres pueden hacer valer en el mercado y en la esfera doméstica.

No sucede lo mismo, por el contrario, en el caso de las variables que miden los recursos del marido. Con un menor grado de asociación que en el caso de las mujeres, pero en cualquier caso importante, la participación masculina crece linealmente con los ingresos, el nivel educativo y el *status* profesional en las familias con dos perceptores de rentas laborales y con el nivel de estudios y, en menor medida, con la profesión, en las familias con el único perceptor de rentas laborales. En lugar de crecer el poder del hombre de definición de una producción doméstica tradicional con el aumento de sus recursos extrafamiliares, este poder disminuye, en contra de lo postulado por la teoría de los recursos, incluso en el caso de una familia con un solo perceptor de rentas.

TABLA 3

Media de participación masculina en la realización de tareas domésticas

	<i>Total de familias</i>		<i>Mujer con trabajo extradoméstico</i>		<i>Mujer sin trabajo extradoméstico</i>	
	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>
<i>Media global</i>	3,5	622	4,8	223	2,7	284
<i>Número de hijos</i>						
1	4,2	189	5,0	96	3,5	88
2	3,4	308	5,0	96	2,7	208
3	2,5	77	2,8	18	2,4	54
4 o más	2,6	31	5,2	5	2,1	25
Eta 2	0,037		0,039		0,031	
Contraste Ho (F, p)	(7,7; 0,0000)		(2,9; 0,04)		(14; 0,01)	
<i>Ciclo familiar (edad hijo mayor)</i>						
Hasta 3 años	4,9	125	5,9	62	4,1	58
De 4 a 5 años	3,5	62	4,3	24	3,1	38
De 6 a 12 años	3,7	231	4,8	81	3,1	146
De 13 a 17 años	2,5	121	4,0	34	1,7	82
18 o más años	2,1	65	2,5	13	2,0	51
Eta 2	0,10		0,08		0,096	
(F, SIG.)	(17; 0,000)		(4,8; 0,001)		(9,8; 0,000)	
<i>Conflictividad sobre quién realiza las tareas</i>						
Con cierta frecuencia	3,4	234	4,7	93	2,6	135
De cuando en cuando	3,4	142	4,4	52	2,8	86
Nunca o casi nunca	3,7	226	5,3	68	3,0	153
Eta 2	0,003		0,014		0,018	
(F, SIG.)	(1; 0,35)		(1,5; 0,23)		(1; 0,39)	
<i>Situación laboral de la mujer</i>						
Trabaja actualmente	4,8	215				
Parada (busca empleo)	3,6	78				
Sus labores	2,7	281				
Eta 2	0,124					
(F, SIG.)	(21,1; 0,000)					
<i>Profesión de la mujer</i>						
Inactiva	2,6	308	1,7	3	2,5	299
Empleo no cualificado	3,5	90	3,7	66	2,9	18
Administrativo, trabajador cualificado	4,5	137	4,9	92	3,9	44
Técnico, cuadro medio	6,9	37	7,2	32	5,2	5
Empresario, directivo, profesional independiente	4,7	22	4,4	18	6,7	3
Eta 2	0,179		0,149		0,06	
(F, SIG.)	(32,2; 0,000)		(9; 0,000)		(5,8; 0,004)	

TABLA 3 (continuación)

Media de participación masculina en la realización de tareas domésticas

	<i>Total de familias</i>		<i>Mujer con trabajo extradoméstico</i>		<i>Mujer sin trabajo extradoméstico</i>	
	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>
<i>Profesión del marido</i>						
Inactivo	4,1	12	4,5	4	3,9	8
Empleo no cualificado	2,4	130	3,6	34	2,0	92
Administrativo, trabajador cualificado	3,5	266	3,0	96	2,9	161
Técnico, cuadro medio	4,5	104	2,7	42	3,3	62
Empresario, directivo, profesional independiente	3,9	85	3,2	36	3,1	47
Eta 2	0,058		0,08		0,039	
(F, SIG.)	(9,2; 0,000)		(4,5; 0,002)		(3,7; 0,005)	
<i>Nivel de ingresos mujer</i>						
Menos de 75.000 pts/mes ..			3,6	58		
De 75.000 a 100.000			5,5	32		
De 100.001 a 125.000			5,3	26		
De 125.001 a 150.000			5,7	22		
De 150.001 a 175.000			5,4	18		
De 175.001 a 200.000			6,8	20		
De 200.001 a 225.000			4,3	7		
Más de 225.000 pts/mes ..			5,0	2		
Eta 2			0,119			
(F, SIG.)			(3,4; 0,002)			
<i>Nivel de ingresos marido</i>						
Menos de 75.000 pts/mes ..	2,8	5	4,0	2	1	2
De 75.000 a 100.000	2,6	33	2,2	9	2,8	21
De 100.001 a 125.000	3,4	80	4,7	31	2,5	47
De 125.001 a 150.000	3,3	93	4,4	37	2,6	55
De 150.001 a 175.000	3,9	85	5,1	34	3,1	48
De 175.001 a 200.000	4,5	83	6,8	28	3,4	55
De 200.001 a 225.000	3,8	45	5,0	20	2,9	25
Más de 225.000 pts/mes ..	3,7	69	5,0	21	3,1	41
Eta 2	0,029		0,106		0,019	
(F, SIG.)	(2,1; 0,04)		(2,9; 0,006)		(0,8; 0,57)	
<i>Nivel de estudios mujer</i>						
No tiene	1,9	39	2,0	7	1,9	31
Primarios	2,9	296	3,9	84	2,4	203
Secundarios (BUP, COU) ..	4,1	120	5,6	54	2,9	62
Formación Profesional	4,1	76	4,7	27	3,8	50
Estudios Universitarios	5,4	69	6,1	41	4,2	25
Eta 2	0,104		0,114		0,06	
(F, SIG.)	(17,2; 0,000)		(6,7; 0,000)		(6,3; 0,000)	

TABLA 3 (continuación)

Media de participación masculina en la realización de tareas domésticas

	<i>Total de familias</i>		<i>Mujer con trabajo extradoméstico</i>		<i>Mujer sin trabajo extradoméstico</i>	
	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>
<i>Nivel de estudios marido</i>						
No tiene	2,0	23	3,2	4	1,9	17
Primarios	2,8	259	3,9	80	2,3	173
Secundarios (BUP, COU) .	3,6	118	4,8	44	2,9	69
Formación Profesional	4,0	90	5,5	33	3,2	56
Estudios Universitarios	5,0	106	6,0	52	3,8	53
Eta 2	0,082		0,085		0,049	
(F, SIG.)	(13,2; 0,000)		(4,8; 0,001)		(4,7; 0,001)	
<i>Diferencia entre nivel profesional mujer/hombre</i>						
Hombre mayor nivel	3,1	406	4,6	90	2,7	314
Mismo nivel	4,2	151	4,5	103	3,5	42
Mujer mayor nivel	5,3	32	5,5	23	4,5	9
Eta 2	0,057		0,009		0,022	
(F, SIG.)	(5,8; 0,000)		(1; 0,37)		(4,1; 0,002)	
<i>Percepción subjetiva de diferencia de ingresos</i>						
Eta 2			0,001			
(F, ISG.)			(0,9; 0,45)			
<i>Diferencia entre nivel ingresos mujer/hombre</i>						
Eta 2			0,079			
(F, SIG.)			(1,2; 0,27)			
<i>Diferencia entre nivel educativo mujer/hombre</i>						
Hombre mayor nivel	3,8	101	5,1	46	2,6	55
Homogamia	3,4	303	4,3	115	2,8	187
Mujer mayor nivel	3,6	191	5,1	65	2,8	125
Eta 2	0,002		0,016		0,001	
(F, SIG.)	(0,6; 0,57)		(1,8; 0,17)		(0,2; 0,81)	
<i>Ideología de rol: el hombre no debe asumir tareas domésticas si la mujer no trabaja</i>						
Acuerdo	2,6	169	3,7	61	2,1	103
Indefinición	3,1	110	4,7	37	2,3	72
Desacuerdo	4,1	321	5,5	114	3,4	198
Eta 2	0,052		0,076		0,055	
(F, SIG.)	(8,1; 0,000)		(4,3; 0,002)		(5; 4,000)	

TABLA 3 (continuación)

Media de participación masculina en la realización de tareas domésticas

	<i>Total de familias</i>		<i>Mujer con trabajo extradoméstico</i>		<i>Mujer sin trabajo extradoméstico</i>	
	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>	<i>Valor</i>	<i>N.º de casos</i>
<i>Estado civil</i>						
Matrimonio religioso	3,4	508	4,7	169	2,7	325
Matr. civil o cohabitación ..	4,3	93	5,2	44	3,4	48
Eta 2	0,012		0,004		0,009	
(F, SIG.)	(7,4; 0,007)		(0,9; 0,35)		(3,3; 0,07)	
<i>Duración de la jornada laboral de la mujer</i>						
Hasta 10 horas			2,7	31		
De 11 a 30 horas			4,8	56		
De 31 a 40 horas			5,5	81		
Más de 40			5,1	37		
Eta 2			0,086			
(F, SIG.)			(5,2; 0,001)			
<i>Hora habitual de llegada del marido</i>						
Antes de las 18 h.	4,0	92	5,0	40	3,4	51
Entre 18 y 19 h.	4,9	49	6,2	21	3,9	25
Entre 19 y 20 h.	3,7	98	5,1	34	4,7	60
Después de las 20 h.	2,8	183	4,1	60	2,1	118
Eta 2	0,058		0,049		0,065	
(F, SIG.)	(8,6; 0,000)		(2,6; 0,05)		(5,8; 0,000)	
<i>Tiempo de llegada a casa de los padres</i>						
Eta 2	0,046		0,008		0,004	
(F, SIG.)	(0,7; 0,53)		(0,5; 0,65)		(0,4; 0,76)	
<i>Ayuda recibida por los padres para tareas domésticas</i>						
Con frecuencia	3,5	24	4,2	10	3,1	14
De vez en cuando	2,9	34	3,6	16	2,3	18
En casos particulares	4,5	60	5,9	30	3,1	30
Nunca	3,3	385	4,3	135	2,7	248
Eta 2	0,021		0,045		0,004	
(F, SIG.)	(3,5; 0,02)		(2,9; 0,03)		(0,4; 0,72)	
<i>Frecuencia de contacto personal con padres</i>						
Eta 2	0,016		0,041		0,006	
(F, SIG.)	(2,4; 0,05)		(2,3; 0,06)		(0,5; 0,73)	

FUENTE: «Encuesta a nuevas familias en nuevos municipios».

La crítica que se ha hecho a la utilización del nivel absoluto de recursos para contrastar la teoría de los recursos es, como se ha indicado ya, que éstas variables no miden realmente las diferencias de recursos de los cónyuges, sino que comparan distintos colectivos de varones o mujeres (Coverman, 1985), o más concretamente pautas diferenciadas según estratos sociales. Los indicadores que hemos utilizado para medir la diferencia de recursos entre los cónyuges evidencian una relación estadísticamente significativa, pero ambigua. En las familias con dos perceptores de rentas, las diferencias de nivel educativo en contra de la mujer no redundan en una menor participación de los hombres en la producción doméstica que en las familias homógamas, si bien cuando la mujer tiene un mayor nivel educativo tiende a haber un mayor grado de participación. Una pauta similar existe en relación con el nivel profesional si se consideran sólo los subgrupos más numerosos. Las diferencias de ingresos, tanto si se mide subjetivamente como sobre la base de los ingresos declarados, no son estadísticamente significativas. En las familias con sólo un perceptor de rentas, las diferencias entre los grados de participación según el tipo de homogamia-heterogamia educativa no son estadísticamente significativas. En relación al nivel profesional, aunque no de forma lineal, en las familias en las que la mujer tiene un nivel profesional mayor o igual que el hombre, éste participa más que en aquellas donde la mujer tiene un nivel profesional menor.

El segundo conjunto de variables que presentan una mayor diferencia entre sus medias está relacionado con la ideología de rol y singularmente con la predisposición del hombre a implicarse en la producción doméstica, tal como se ha medido en este estudio. Aunque las familias en las que los cónyuges están unidos por un vínculo matrimonial de carácter religioso presentan una pauta de división del trabajo doméstico más tradicional, tal como se ha evidenciado en otros estudios (Höpflinger y Charles, 1990; Blair y Lichter, 1991; Keddi y Seidenspinner, 1991), estas diferencias desaparecen cuando se controla por otras variables.

Las variables que miden la sobrecarga de la familia y la capacidad relativa de respuesta de los cónyuges presentan resultados ambiguos y no plenamente conformes con la formulación realizada por Coverman (1985). Así, mientras la duración de la jornada laboral de la mujer (así como el propio hecho del trabajo extradoméstico de la mujer) está relacionada positivamente con la participación masculina, no tanto en función del número de horas efectivamente trabajadas como dependiendo de si el trabajo es a tiempo parcial o a tiempo completo, el número de hijos no guarda una relación lineal con la participación masculina. De hecho, tal como se ha evidenciado en otros estudios también (Haas, 1981; Höpflinger y Charles, 1990; Blair y Lichter, 1991; Kellerhals *et al.*, 1982; Koopman-Boyden y Abbott, 1985), existe una pauta clara y fuertemente negativa entre el ciclo familiar y participación masculina en tareas domésticas típicamente femeninas. La hora habitual de llegada del marido, por otro lado, sólo tiene una capacidad explicativa apreciable cuando la mujer no trabaja fuera del hogar.

En conjunto, este análisis bivariable aporta datos que apoyan los distintos modelos explicativos, si bien no exentos de ambigüedad. Aunque las variables que miden los recursos socioeconómicos de los cónyuges son las que mayor varianza pueden explicar, la relación positiva que existe entre los niveles de recursos del marido y su implicación en la producción doméstica apunta más en dirección hacia una mayor predisposición ideológica a aceptar argumentos igualitaristas por parte de los hombres con mayor nivel de recursos educativos, prestigio profesional o en ciertos casos ingresos y, en consecuencia, a una mayor participación en la resolución de tareas típicamente femeninas. Por otro lado, parece que cuando la mujer dispone de mayores recursos que el marido, una mayor proporción de estas mujeres pueden hacer valer con mayor éxito el argumento igualitarista. En este sentido sería de esperar una relación positiva entre conflictividad de rol y participación masculina, supuesto que no queda confirmado por los datos; por el contrario, la participación es mayor cuanto menor es la conflictividad. El único modelo de explicación que no queda respaldado por estos datos es el que pone en relación la red de parentesco con la segregación de roles. A pesar de la elevada frecuencia de contactos con el parentesco por línea materna, e incluso la proximidad residencial, no existe una ayuda apreciable entre las generaciones en lo que a tareas domésticas se refiere, no operando ninguna de estas variables en sentido tradicionalizador⁵.

Dada la multiplicidad de factores que inciden en las pautas de división del trabajo doméstico, el análisis bivariable, como es sabido, es claramente insuficiente para respaldar un determinado modelo explicativo. El modelo de análisis multivariable utilizado para analizar los efectos conjuntos de las distintas variables ha sido la regresión múltiple mediante ajuste por mínimos cuadrados.

La combinación de variables que mejor explican la división del trabajo doméstico para el conjunto de la muestra son, como puede observarse en la tabla 4, la vinculación con el mercado de trabajo (en su gran mayoría a tiempo completo), el nivel educativo del hombre⁶, la fase del ciclo familiar (medida por la edad del hijo mayor), la predisposición a colaborar en la producción doméstica por parte del marido, la definición del rol masculino en la producción doméstica, la conflictividad sobre los roles domésticos de los cónyuges y la disponibilidad de tiempo del marido (medida por la hora de llegada del marido). La capacidad de explicación de este conjunto de variables es, no obstante, limitada, pues sólo logran explicar un tercio de la varianza total. Aunque no se pueden realizar comparaciones entre encuestas sobre la base del valor del

⁵ Un 25 por 100 de los padres de las encuestadas vive a menos de 15 minutos de distancia y un 33 por 100 de los niños ve a sus abuelos maternos todos o varios días a la semana, pero sólo un 10 por 100 recibe cierta ayuda para resolver tareas domésticas de sus padres.

⁶ En realidad, tanto el nivel educativo de la mujer como el del hombre contribuyen a explicar la participación masculina en las tareas domésticas típicamente femeninas. Dado el elevado grado de colinealidad entre ambas variables, éstas no pueden entrar conjuntamente en el modelo de regresión, por lo que se ha retenido la variable que proporciona un mayor grado de explicación de la varianza.

coeficiente de determinación R², pues éste depende de las características de la muestra para la que se calcula (intercorrelación entre las variables independientes y sus varianzas), esta proporción es equiparable a la obtenida en otros estudios, por lo que la capacidad explicativa de la combinación de variables seleccionadas es elevada. Por otro lado, estas variables, como se ha evidenciado en otros estudios (Ross, 1987; Coltrane e Ishii-Kuntz, 1992), no respaldan exclusivamente una única teoría, sino que integran variables utilizadas para comprobar empíricamente tanto la teoría de los recursos, como la influencia de la ideología de rol, como el supuesto de la sobrecarga laboral. Los ajustes realizados para comprobar la validez de cada modelo explicativo por separado proporcionan una explicación de la varianza muy insatisfactoria; sólo la combinación de variables recogida en la tabla 4 logra explicar una proporción apreciable de las distintas pautas de división del trabajo doméstico.

TABLA 4

*Modelos de regresión lineal de la división del trabajo doméstico
(valores beta y medidas de bondad del ajuste)*

	<i>Mujer trabaja</i>		<i>Mujer no trabaja</i>	
	<i>Hombre con estudios obligatorios o menos</i>	<i>Hombre con estudios más que obligatorios</i>	<i>Hombre con estudios obligatorios o menos</i>	<i>Hombre con estudios más que obligatorios</i>
<i>Conjunto de la muestra</i>				
Status ocupacional mujer	-0,268**			
Nivel estudios del hombre	0,193**			
Ciclo familiar	-0,238**	-0,268**	-0,210*	-0,289**
Conflictividad de rol	0,113**			
Ideología de rol	0,191**	0,212**	0,227**	0,246**
Predisposición hombre	0,192**	0,224*	0,260**	0,242**
Disponibilidad tiempo hombre	-0,108**			-0,217*
Profesión mujer	0,256**			
Nivel ingresos mujer		0,241**		
Desempleada/ama de casa			-0,170*	
R ² ajustada	0,334	0,254	0,188	0,140
F	29,90**	8,59**	7,43**	7,25**
n	404	90	112	116
Media colaboración	3,5	3,7	5,4	2,1
Porcentaje valor 1 de escala de colaboración		42	20	68
Porcentaje valor 8 y 9 de escala de colaboración		20	42	7

* p>0,05.

** p>0,01.

FUENTE: «Encuesta a nuevas familias en nuevos municipios».

Como puede observarse en la tabla 4, hay dos variables con un comparativamente elevado potencial explicativo y sociológicamente muy relevantes, a saber: por un lado, la condición laboral femenina y, por otro, el nivel educativo del hombre. Por ello se ha procedido a segmentar la muestra en cuatro submuestras a partir del cruce de ambas variables. Distinguiendo entre el grupo de hombres con nivel educativo por encima e igual o menor que el nivel obligatorio, obtenemos los siguientes tipos de familias: *a*) familias de doble renta laboral y *status* educativo del marido básico; *b*) familias de doble renta laboral y *status* educativo del marido elevado; *c*) familias tradicionales y *status* educativo del marido básico, y *d*) familias tradicionales y *status* educativo del marido elevado. Para cada uno de estos colectivos se ha procedido a un análisis específico, cuyos resultados se recogen igualmente en la tabla 4.

En primer término, puede comprobarse cómo la influencia del mercado de trabajo en la determinación de la participación masculina en la producción doméstica se ve fuertemente condicionada por el nivel de estudios. En efecto, siendo las familias en las que la mujer tiene un trabajo extradoméstico y el marido estudios más que obligatorios las más participativas (sólo un 20 por 100 de éstas presenta una pauta claramente tradicional de división del trabajo doméstico, mientras que el 42 por 100 presenta una pauta cuasi-igualitarista —puntuación 8 y 9 en la escala de participación—), las pautas de división del trabajo doméstico en las familias en las que las mujeres tienen un trabajo extradoméstico pero el marido tiene estudios como máximo obligatorios y en aquellas en las que son amas de casa pero el marido tiene mayor nivel de estudios no son muy diferentes (3,7 frente a 3,4 de puntuación media del indicador de participación). Si la segmentación se realiza en función del nivel de estudios de la mujer (variable que también influye apreciablemente en las pautas de división del trabajo doméstico, pero con menor intensidad que el nivel de estudios de las mujeres) cabe encontrar resultados prácticamente idénticos, tanto en lo que se refiere a la media del indicador de participación como a su distribución entre las distintas categorías.

En segundo lugar, en las familias con mayor nivel educativo de cualesquiera de los cónyuges y/o cuando la mujer tiene un trabajo extradoméstico, el modelo tradicional de no participación o mera ayuda testimonial ha dejado de ser claramente mayoritario, tanto más cuanto mayor es el nivel educativo. El modelo tradicional de división del trabajo doméstico es claramente dominante, por tanto, en las familias de estratos sociales inferiores, pero no así entre las clases medias. No obstante, los modelos que cabría denominar como «cuasi-igualitaristas» solamente encuentran cierta extensión en las familias de doble renta laboral (42 por 100 cuando el marido dispone de estudios más que obligatorios y 20 por 100 en caso contrario).

La influencia de estas variables se ve condicionada a su vez por otras variables, tal como puede observarse en la tabla 4. La predisposición o actitud positiva a participar en la producción doméstica por parte del marido se evidencia también como un importante factor en casi todos los subgrupos considerados,

así como el rechazo por parte de la mujer del papel tradicional de la mujer en el hogar. Sólo entre las familias tradicionales y con *status* educativo básico no se encuentra una influencia apreciable de la ideología de rol. No sucede lo mismo, por el contrario, con la fase del ciclo familiar, que se manifiesta de forma muy clara y con fuerza como elemento tradicionalizador de las pautas de producción doméstica en todos los subgrupos considerados. Este efecto tradicionalizador del ciclo es, además, independiente del número de hijos, produciéndose una mayor participación sólo cuando en la familia hay un niño pequeño (hasta 3 años), para disminuir una vez que se ha producido la adaptación a la nueva realidad familiar.

El efecto de la conflictividad de rol, así como de la disponibilidad de tiempo del marido, identificados en el modelo general, desaparecen en el análisis más pormenorizado, por lo que su influencia es más aparente que real. Sin embargo, por otro lado, emergen otras variables indicativas de los recursos de los cónyuges que operan en sentido hacia una mayor participación del hombre. En las familias de dobles ingresos laborales, cuanto mayor es el prestigio profesional o el nivel de ingresos, mayor es la participación masculina. En las familias tradicionales, por el contrario, aun cuando el marido no disponga de un nivel educativo elevado, la mujer sólo tiene mayores probabilidades de aumentar la «ayuda» que recibe de su cónyuge, si está desempleada, siempre que aquél disponga de tiempo. En las familias con mayor nivel educativo, la redefinición de los roles conyugales opera, por el contrario, en mucha mayor medida sobre bases ideológicas.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Según los resultados obtenidos en esta investigación, ninguno de los modelos explicativos resulta plenamente satisfactorio para comprender las pautas de división del trabajo doméstico en las familias urbanas. No obstante, las variables que miden los recursos que la mujer puede hacer valer en el seno de la relación conyugal tienen una apreciable influencia en dichas pautas, pues el grado de participación masculina en la resolución de tareas típicamente femeninas no depende sólo de la implicación de la mujer en el mercado de trabajo, sino también de la remuneración que a través de su trabajo recibe, ya sea en términos de *status* o monetarios. Cuanto mayor es la remuneración que la mujer obtiene de su implicación en el mercado de trabajo, mayor es la participación masculina. Por otro lado, el nivel de estudios de la mujer, independientemente de su implicación en el mercado de trabajo, también influye en las pautas de división del trabajo doméstico, si bien su interpretación no está exenta de ambigüedad por su estrecha relación con el nivel de estudios (en esta investigación muy baja, pues el coeficiente de correlación r sólo se eleva a 0,07). Ahora bien, y a diferencia de lo postulado por la teoría de los recursos o la teoría de la elección racional, la participación del hombre no disminuye o

permanece estable cuando crecen los recursos de éste. Por el contrario, su implicación en la producción doméstica crece de forma importante, sobre todo, con su nivel de estudios.

Esta relación entre nivel de estudios del hombre y participación, unido a la falta de carácter explicativo de las diferencias de recursos de los cónyuges, así como bien la falta de relación entre conflictividad de rol y participación, bien la existencia de una relación negativa (mayor participación a menor conflictividad) cuando ésta aparece significativa, lleva a concluir que la participación de los hombres en la producción doméstica guarda mayor relación con el *status* social que con los recursos diferenciales que los cónyuges pueden hacer valer en el seno de la relación conyugal. La pertenencia a la clase media aumenta las probabilidades de participación masculina en la producción doméstica, mientras que entre los estratos sociales más inferiores la participación está más condicionada por otros factores, singularmente con el tipo de vinculación con el mercado de trabajo. La predisposición del hombre a participar, así como su receptividad a los argumentos igualitaristas y a las demandas en favor de una mayor colaboración, son igualmente diferentes según los estratos sociales. Cuanto mayor es el nivel educativo de los varones, mayor es la predisposición y mayor es la sensibilidad hacia dichas demandas, por lo que la participación crece con el rechazo por parte de la mujer de la ideología tradicional de rol. Dado que la influencia de la clase social opera además fundamentalmente a través del *status* educativo, más que a través del nivel de ingresos de la familia, la educación (de ambos cónyuges) se perfila así como un importante factor explicativo de la participación masculina.

Finalmente, es preciso resaltar el importante efecto tradicionalizador del ciclo familiar, de forma que, independientemente de cualquier otra característica socioeconómica, la participación disminuye a medida que avanza la biografía familiar.

El cambio hacia una mayor participación de los hombres en la producción doméstica que se ha registrado en la pasada década en la España urbana guardaría relación, por tanto, con los cambios que se han producido en la estructura social. Concretamente, en primer término, con el importante aumento de la participación de la mujer en el mercado de trabajo, así como, por otro lado, con el proceso de escolarización creciente conocido en el pasado reciente. Así, en la década que media entre 1985 y 1995, el número de mujeres empleadas en la Comunidad Autónoma de Madrid ha crecido en 149.200 unidades, lo que representa un 34% de aumento para el conjunto de la década. La matriculación en centros educativos oficiales que imparten estudios por encima del nivel obligatorio ha crecido, a su vez, entre 1981 y 1991 un 38%. Estos cambios han interactuado a su vez, como se ha indicado, con un cambio en las actitudes tanto entre las mujeres como entre los hombres hacia el trabajo extradoméstico de la mujer con responsabilidades familiares, así como hacia la definición de los roles conyugales. Las diferencias entre actitudes y prácticas continúan siendo, no obstante, como en la mayoría de los países desarrollados,

importantes (Kellerhals *et al.*, 1982; Kamo, 1988; Keddi y Seidenspinner, 1991; Iglesias de Ussel, Flaquer y Meil, 1994).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BARNETT, R. C., y BARUCH, G. (1987): «Determinants of Fathers' Participation in Family Work», *Journal of Marriage and the Family*, 49: 29-40.
- BECKER, G. (1985): «Human Capital Effort and the Sexual Division of Labor», *Journal of Labor Economics*, 3: 33-68.
- BIRD, G., y SCRUGGS, M. (1984): «Determinants of Family Task Sharing: A Study of Husbands and Wives», *Journal of Marriage and the Family*, mayo: 345-355.
- BLAIR, S. L., y LICHTER, D. (1991): «Measuring the Division of Household Labor», *Journal of Family Issues*, 12: 91-113.
- BOTT, E. (1971): *Family and social network*, Londres: Tavistock.
- COLTRANE, S., e ISHII-KUNTZ, M. (1992): «Men's Housework: A Life Course Perspective», *Journal of Marriage and the Family*, 54: 43-57.
- COMISION OF THE EUROPEAN COMMUNITY (1993): *Employment in Europe*, COM (93) 314, Luxemburgo.
- COVERMAN, S. (1985): «Explaining Husband's Participation in Domestic Labor», *The Sociological Quarterly*, vol. 26, 1: 81-97.
- DURÁN, M.^a Angeles (1988): *De puertas adentro*, Madrid: Instituto de la Mujer.
- ENGLAND, F., y FARKAS, G. (1986): *Households. Employment and Gender*, Nueva York: Aldine Press.
- FARKAS, G. (1976): «Education, Wage Rates, and the Division of Labor Between Husband and Wife», *Journal of Marriage and the Family*, 38: 473-483.
- GARRIDO, J. L. (1992): *Las dos biografías de la mujer en España*, Madrid: Instituto de la Mujer.
- HAAS, L. (1981): «Domestic Role Sharing in Sweden», *Journal of Marriage and the Family*, 43: 957-967.
- HEER, D. (1963): «The measurement and bases of family power: An Overview», *Marriage and Family Living*, 25: 133-139.
- HEGNER, F., y LACKERMANN, U. (1989): «Familienhaushalt und Erwerbstätigkeit», en R. Nave-Herz y M. Markefka (eds.), *Handbuch der Familienforschung. Bd. 1: Familienforschung*, Frankfurt: Luchterhand, pp. 491-512.
- HÖPFLINGER, F., y CHARLES, M. (1990): «Innerfamiliale Arbeitsteilung: mikrosoziologische Erklärungsansätze und empirische Beobachtung», *Zeitschrift für Familienforschung*, 2: 87-113.
- IGLESIAS DE USSEL, J.; FLAQUER, LL., y MEIL, G. (1994): «La familia», en FOESSA, *V Informe sociológico sobre la realidad social española*, Madrid.
- KAMO, Y. (1988): «Determinants of Household Division of Labor», *Journal of Family Issues*, 9: 177-200.
- KEDDI, B., y SEIDENSPINNER, G. (1991): «Arbeitsteilung und Partnerschaft», en H. Bertram (ed.), *Die Familie in Westdeutschland*, Opladen: Leske + Budrich, pp. 159-192.
- KELLERHALS, J.; PERRIN, J. F.; STEINAUER-CRESSON, G.; VONECHE, L., y WIRTH, G. (1982): *Mariages au quotidien*, de P. M. Favre, Lausanne.
- KOOPMAN-BOYDEN, P., y ABBOTT, M. (1985): «Expectations for Household Task Allocation and Actual Task Allocation: A New Zealand Study», *Journal of Marriage and the Family*, febrero: 211-220.
- MARET, E., y FINLAY, B. (1984): «The Distribution of Household Labor Among Women in Dual-earner Families», *Journal of Marriage and the Family?*, mayo: 357-364.
- MARTÍNEZ QUINTANA, M.^a V. (1992): *Mujer, trabajo y Maternidad*, Madrid: Instituto de la Mujer.

- MONTORO, R.; MEIL, G.; SASTRE, C., y PÉREZ, L. (1995): *Estudio sobre el mercado de trabajo de las mujeres jóvenes en Castilla y León*, Valladolid: Junta de Castilla y León.
- RAMOS, R. (1990): *Cronos dividido*, Madrid: Instituto de la Mujer.
- REXROAT, C., y SHEHAN, C. (1987): «The family life cycle and spouses' time in housework», *Journal of Marriage and the Family*, 49: 737-750.
- ROSS, C. E. (1987): «The Division of Labor at Home», *Social Forces*, 65: 816-833.
- SAFILIOS-ROTHSCHILD, C. (1976): «A Macro- and Micro-Examination of Family Power and Love: An Exchange Model», *Journal of Marriage and the Family*, mayo: 355-362.

ABSTRACT

This study analyses the significant change which has taken place in terms of patterns of what are considered to be typically feminine household tasks in the last decade in the new urban families of Madrid. To this end, the results of a survey conducted by the *Centro de Investigaciones Sociológicas* in 1984 are compared with those of a survey conducted by the author in 1995, bringing to light a notable increase of male participation in domestic production. In order to analyse the factors underlying this change, a multivariable analysis of the second survey was made, this being the only survey for which the database was available. In order to measure male participation, an indicator was designed capable of reflecting not only men's involvement in time and energy-intensive tasks, but also their participation in relatively minor tasks, albeit representative of a change in family relationships. The results thus obtained show that none of the prevailing theories explain in themselves domestic participation. Since masculine participation in domestic production depends on the woman's labour status, her financial remuneration and prestige, on the husband's educational level and the rejection of a traditional view of conjugal roles, among other factors, the important change registered in the last decade is closely tied in with the massive incorporation of women on the labour market and the increasing prolongation of the school attendance period, which, on the basis of a cultural change, has increased men's receptivity to demands for sharing out domestic work on a more egalitarian basis.